

un buen maestro, figura el tener una voz dulce y que al propio tiempo revele autoridad. Mientras se está enseñando, se hace necesariamente un gran consumo de voz, y es de la mayor importancia el saber economizarla. Á medida que los años pasan, aquellos cuya profesión requiere que hablen mucho *ore rotundo*, empiezan á advertir que sus órganos vocales están débiles y cansados por el exceso de trabajo, y á sentir haber hecho esfuerzos inútiles. Es menester, por tanto, persuadirse de que, aun sólo por lo que atañe á la salud, no es bueno gritar ó elevar la voz sin necesidad. Es un punto muy importante de lo que se podría llamar la dinámica de la enseñanza, el obtener el mayor resultado con el menor esfuerzo posible. Y sucede, con respecto á la voz, que un tono bajo no solamente produce tanto efecto como uno alto, sino que en realidad produce más. El tono de voz del maestro determina el de los alumnos en todos sus ejercicios. Los niños gritan todos si el maestro grita. Y si, por el contrario, se decide á no alzar nunca la voz cuando da una orden, se verán obligados á escucharla, á moderar su propia voz por costumbre, y á trabajar en silencio. El efecto moral que esto produce sobre el carácter de los alumnos no deja de tener su importancia. Una escuela en que se hace ruido, no es ya el lugar que debe ofrecer tan buena ocasión para suavizar y pulir las costumbres. Y una escuela en que se trabaje en tono de voz bajo, no solamente tendrá un maestro que goce de buena salud y pueda disponer convenientemente de sus propios recursos, sino que como centro de disciplina moral será mucho mejor.

Pedantería.—Respecto al modo de hablar, que, entre las condiciones de menor importancia para hacer el trabajo de la escuela útil y ameno, tiene más eficacia que lo que parece á primera vista, no estará de más decir

que algunos maestros suponen necesario el afectar una precisión y elegancia estudiada en su lenguaje desconocidas en el uso corriente. La perfección del lenguaje es la de un vidrio transparente; tiene la virtud de borrarse á sí misma. Con él y por él, una inteligencia ha de poder penetrar en otra, y percibir bien lo que desea ver; pero si el medio mismo es visible, si reclama atención para sí, es un medio imperfecto y deja de satisfacer á su verdadero objeto. *Ars est celare artem.* Desde el instante en que nuestro discurso se hace tan preciso y tan propio, que su precisión y propiedad se imponen á la atención, dejamos de hablar bien. Nuestra carrera es la que ofrece más tentación á incurrir en pedanterías de este género, y quizás no sea superfluo hablar de ello. Aquel cuyo lenguaje ó modales le dan á conocer como maestro de escuela, no ha alcanzado aun la perfección en su arte. No podemos ocultarnos á nosotros mismos que, en sociedad, los que su lenguaje ó modales así los descubren no suelen hacerse simpáticos, y que á menudo se les trata de pedantes. Veamos ahora, que cosa sea un pedante. Ser pedante equivale á tener la vista tan limitada por el deber particular que nos ocupa, que lleguemos á verlo, así como los deberes de los demás, en perspectiva falsa, y á interpretar al revés la importancia relativa de nuestros quehaceres y de los suyos. En este sentido, hay pedantes en todas las profesiones, y se tiene que confesar, que no pocas veces son personas de las más dedicadas á su labor. Pero á la carrera de la enseñanza se le atribuye este vicio con más frecuencia que á ninguna otra, y por una razón muy aparente. “No nos sentimos nunca á gusto,” dice Lamb, “en presencia de un maestro de escuela, porque sabemos que él tampoco está á gusto en nuestra compañía. Viene, como Gulliverio, de entre su gente menuda, y no puede conformar

el tamaño de su inteligencia con la de uno, tiene tal costumbre de enseñar que quiere estar siempre enseñando á cuantos le rodean.”

Debe corregirse por el estudio.—La verdad es que esa condición especial de la vida de maestro, la necesidad de pasar muchas horas al día en compañía de los que saben mucho menos que él y que, por razón de su juventud é ignorancia, le consideran como un prodigio de saber, es poco favorable á una apreciación equitativa de nosotros mismos, y tiende á hacernos estimar en más de lo que vale la especie de saber que nos concede este ascendiente accidental sobre los niños. Es bueno saberlo y estar sobre sí con respecto á ello. Y si verdaderamente la costumbre de pasar mucho tiempo con nuestros inferiores en inteligencia, produce cierto tono defectuoso en el ánimo y en la conducta, el remedio está á la mano, y consiste en cuidar de que, fuera de la escuela, pasemos todo el tiempo que nos sea posible con nuestros superiores en inteligencia y saber. Podemos buscarlos en la sociedad, y si no podemos acercarnos á ella nos quedan los grandes amigos en la soledad, los sabios que nos hablan desde nuestras bibliotecas, y en cuya presencia ya no somos maestros sino respetuosos discípulos : nos quedan los libros.

Y por el trabajo fuera de la escuela.—Otro correctivo contra el peligro especial de la profesión escolástica, consiste en tener alguna ocupación intelectual que interese, algún estudio favorito que esté enteramente fuera de lo profesional y no tenga visible relación con la tarea de la escuela. He conocido muchos maestros que se han librado de la pequeñez y pedantería á las cuales habrían podido inclinarles su profesión, gracias á su afición á la arqueología ó á las artes, ó al interés por alguna cuestión pública ó social. Este interés extra-escolástico, les po-

nía en contacto con otras personas con quienes se trataban como iguales ; les ayudaba á evitar la costumbre de usar del modo imperativo, y á ver su propia labor profesional en su verdadera relación con la región más extensa del pensamiento y de la acción ; de la cual, después de todo, la escuela no forma sino una pequeña parte. Todos nosotros, al representar nuestro papel en la vida, debemos hacerlo de modo que siquiera parte de él sea dicha en presencia de una reunión de espectadores acostumbrados por lo general á exigir que lo hagamos lo mejor posible.

Facultad de describir y narrar.—He hablado de la necesidad de recurrir á la lectura para instrucción y recreo, y de hacerla servir por medio de ejemplos, ó de otro modo, para dar vida á la enseñanza en clase. Pero para hacerlo con provecho, es esencial que el maestro procure desarrollar en sí mismo el dón raro de relatar ó contar bien. Algunos hay que por índole natural ó por instinto son buenos narradores. Saben cómo aprovecharse del punto interesante, descartar lo que no viene al caso y sostener, por el modo de relatar, el interés del que escucha. Pero aun los que no tienen aptitud natural de este género pueden adquirirla por la práctica, y esta aptitud, una vez adquirida, es de lo más útil en la enseñanza. escoja el maestro buenos trozos descriptivos, sea en libros ó en periódicos, y relaciones ó cuentos agradables, ejercitándose á menudo en reproducirlos. Nótese el efecto que produzca uno de esos cuentos en la clase ; obsérvese en qué momentos se manifiesta en los alumnos el mayor interés y cuándo decae su atención. Alguna experiencia en esto, aunque sea poca, si se añade á la reflexión, á cierto cuidado en la elección de materia y á un verdadero deseo de interesar á los alumnos, servirá de mucho para hacer buen narrador á

un hombre de mediana inteligencia; y, por consiguiente, para procurarle nuevo y útil instrumento con que fijar la atención de sus alumnos y hacerles bien.

Novedad de ideas y procedimientos.—Hay necesidad de utilizar nuevas ideas en cada detalle del trabajo escolar. No hay método, por bueno que sea, que no requiera modificación y reconstrucción de cuando en cuando; ninguna verdad, por cierta que sea, que no necesite algunas veces ser presentada en forma nueva, infundiendo nueva vida á su aplicación. Respecto á las reglas de enseñanza, como con relación á otros asuntos más elevados, “la letra mata y el espíritu vivifica.” Pero aun esto no es la verdad entera; porque el espíritu tiende constantemente á fijarse, á tomar cuerpo y á convertirse en letra, á menos que estemos siempre prevenidos. Sabemos cuántas veces ha sucedido en la historia de la religión, que un gran movimiento de reforma comenzado por una protesta, y quizás protesta muy eficaz contra el formalismo y la religión maquinal, ha llegado, con el tiempo, á tener sus propios signos y costumbres estereotipadas, y ha concluído por ser tan frío y antiespiritual como lo que se había propuesto reemplazar. Y esto no ha sido menos comprobado en la historia de la educación.

La idea nueva, el método brillante y racional, procura concretarse en una regla de acción. Mientras ese movimiento se está efectuando, todo va bien; pero en seguida que llega á su término vuelven á prevalecer las palabras. Siempre es más fácil la rutina que la inteligencia. Y la rutina peor no es la tradicional de las escuelas de la edad media, la cual es conocida por ser mecánica y se acepta como tal, sino la inventada por hombres entusiastas y adoptada luego por gente torpe y sin inspiración, que cree poder aprender el método de

Sócrates, de Arnold ó de Froebel como se aprende un sistema de ejercicios gimnásticos ó de taquigrafía. “*Corruptio optimi pessima est.*” Muy conmovedor es leer la relación de Mr. Michel Bréal acerca de una visita á Pestalozzi, cuando estaba al fin de su carrera; describe al anciano apuntando con el dedo á la pizarra, á sus diagramas y á los nombres pertenecientes á diferentes propiedades de los objetos, mientras los niños repetían maquinalmente sus señas favoritas que habían aprendido de memoria. Esas palabras habían estado, en su tiempo, llenas de sentido. Pero ya habían dejado de representar una verdadera actividad intelectual, en los niños ó en su maestro. Se habían convertido en fórmulas muertas sin que él lo supiera. Y siempre pasará lo mismo si perdemos la costumbre de mirar á nuestros métodos con vista joven, de revisarlos continuamente y de darles nueva vida. Sería un triste resultado de los humildes esfuerzos que bajo el estímulo de la universidad estamos tratando de hacer en favor del arte de la enseñanza, si por ellos, alguno de entre nosotros, fuera á imaginarse que es un arte susceptible de ser adquirido de una vez para siempre, por quienquiera que sea. En verdad, aunque podamos heredar parte de la experiencia atesorada por los demás, cada uno de nosotros tiene que empezar por el principio, y ser responsable de la aplicación de esa experiencia á las necesidades particulares de sus alumnos, como á las exigencias de su temperamento y convicciones particulares. Nada puede ser tan eficaz como la voz, el entusiasmo, la influencia personal del maestro mismo. Sin esto, los aparatos, láminas, auxilios y métodos, pronto degeneran en meros procedimientos y en estéril mnemónica. Y ningún conjunto de reglas, por buenas que sean, nos puede libertar nunca de la necesidad de formar otras nuevas.

Conformidad simpática.—Casi inútil es decir, que el gran requisito en un maestro perfecto es la conformidad simpática con niños de corta edad, con sus necesidades y sus hábitos; y que sin ella todas las otras aptitudes no han de producir los mejores resultados. El verdadero maestro debe sentirse llevado hacia la carrera por inclinación natural, por la convicción de su idoneidad personal y por el deseo de dedicar á su profesión las mejores dotes y facultades que posea. Esta convicción, una vez que se ha posesionado del ánimo de un individuo, en cualesquier ocupación de la vida, contribuye á ennoblecer y embellecer hasta aquellos trabajos que de otro modo desagradarían; pero no conozco profesión en la cual esta convicción sea más necesaria, ó cuya ausencia sea más capaz de desalentar, que en la de maestro de escuela. La enseñanza es la más noble de todas las tareas, pero el más triste de todos los oficios; y nadie puede esperar salir bien en ella como no se consagre con toda su alma ó no halle un verdadero placer en contemplar la atención creciente y las mejillas sonrosadas del tierno niño al sentir que una nueva verdad se abre á su entendimiento ó que alguna facultad latente entra en juego. No hay ministerio más deleitoso para el que le gusta; ninguno que más parezca pesada faena al que entra en él con repugnancia ó lo hace simplemente por ganarse la vida. El que toma su trabajo como una medicina se expone á encontrarle mal gusto. “El buen maestro de escuela,” dice Fuller, “acorta sus preceptos para que los niños los puedan aprender más fácilmente y retarda el vuelo de su alma para que puedan seguirle.” Esto significa que posee suficiente conformidad simpática de imaginación para proyectar, digámoslo así, su propio entendimiento en el de su alumno, para comprender lo que pasa en él, y para pensar no sólo en

la manera como está dando su lección, sino también en la forma en que es recibida. Pero nadie que no tenga afición á sus tareas puede hacerlo. Lo que sabemos y nos interesa, podemos aprender á enseñarlo pronto; lo que sabemos y no nos interesa nada, pronto dejamos de saberlo del todo, siquiera en lo que toca á utilidad práctica.

Ayudantes.—Es evidente que al escoger ayudantes el maestro debe hacer por encontrar, en cuanto sea posible, á los que posean los requisitos que él mismo desearía reunir.

Es claro también, conforme á la experiencia adquirida en nuestros días, que cada maestro de escuela debe ser responsable en cuanto á la elección de cada uno de sus ayudantes. Y una vez hallado, ¿cómo ha de utilizar sus servicios? Sobre este punto hay dos opiniones distintas. Según la una, el ayudante ha de encargarse de todo el trabajo de una clase; según la otra, ha de ser maestro de un ramo especial, é ir de clase en clase dando lecciones de su asignatura. Ambos sistemas se ven aplicados en muy buenas escuelas, y sería temerario decir que toda razón está de una parte ó que uno de los métodos de repartir el trabajo sea siempre bueno, necesariamente siempre bueno. Ocurre en esto lo que en los gobiernos:

“Lo que está mejor administrado es lo mejor.”

Un sistema abre el campo á capacidades especiales y señala á cada cual la tarea que aparentemente mejor conviene á sus aptitudes. Pero los inconvenientes son graves. En primer lugar, el maestro de una sola materia generalmente no goza de influjo. Cuando un hombre se limita á un solo ramo, propende á ver á falsa luz su único tema de enseñanza, y á perder de vista su relación con la instrucción general del alumno. Quizás

también, si su voluntad es más fuerte que la de sus colegas, exija preferencia por su ramo particular á costa de los demás. El sistema de enseñanza por clases, salva de este peligro especial, pero ofrece la desventaja de poner ó enseñar á cada ayudante asuntos diferentes, cuando es natural que pueda enseñar algunos mucho mejor que otros. Tiene que haber un arreglo entre estos dos sistemas. Creo que lo que á la larga asegura mejor la unidad y la coherencia de los trabajos de la escuela, es el señalar al ayudante una parte definida de responsabilidad, no haciéndole cambiar de lugar constantemente, sino confiándole una clase por un espacio de tiempo hasta ver si los progresos ó la falta de adelanto de la clase se le deben atribuir á él de un modo positivo. Cada ayudante ha de tener bajo su dirección el trabajo de ciertos alumnos y ha de ser responsable del mismo. En suma, la repartición de ayudantes entre las clases sirve á este propósito mejor que su repartición por asignaturas. La experiencia no favorece el plan de encarregar exclusivamente á un maestro de la aritmética, á otro de la caligrafía y á otro de la literatura. El sistema de clases engendra más variadas aptitudes, no deja que la mente del maestro funcione siempre en la misma pauta y también es más interesante para él mismo. Necesita variar de ocupación y de asunto, lo mismo que sus alumnos. Á más de que esta parece ser la mejor regla general, es evidente la importancia de utilizar cualquier dón especial que tenga el ayudante, y de descubrir en cada caso de este género cuál es la materia que puede enseñar mejor, ó qué clase de trabajo le interesa más. Si aparte de su ocupación ordinaria y propia en su clase, un ayudante á quien le gusta el dibujo ó que canta bien ó tiene habilidad para llevar los libros y los registros, recibe tarea especial adaptada á su persona y que más

bien forma parte de los trabajos de la escuela en general, esto será una ventaja segura, no sólo para la escuela, que de tal suerte sacará el mejor provecho de sus recursos, sino también para el ayudante mismo, cuyo interés por la escuela aumentará notablemente.

Podemos, pues, deducir de estas consideraciones, que el sistema de confiar una clase á cada maestro debe prevalecer en las clases inferiores, y el de servirse de especialistas en las superiores, pero que los inconvenientes de la exclusiva adopción de uno ú otro sistema se han de evitar á todo trance.

Otra forma de arreglo de ambos sistemas resulta útil en algunas escuelas buenas. A cada clase de 30 á 40 alumnos se asignan dos maestros, uno antiguo y otro principiante. La clase se divide en dos secciones para la enseñanza de aritmética, idiomas, lectura y buena parte de los ejercicios orales; y cada maestro es responsable de su sección. Por lo que respecta á las explicaciones generales, las secciones se reúnen y la clase es una. Las lecciones más importantes las da el profesor más antiguo, y las otras el joven; pero ambos maestros están presentes durante todas las lecciones y llevan la responsabilidad de que sus secciones respectivas las comprendan y aprovechen de ellas. Este método tiene además la ventaja de colocar á un maestro joven bajo la vigilancia y dirección práctica de uno de más experiencia; y también de dar descanso, de vez en cuando, al joven para sus propios estudios ó para que asista á lecciones de grado superior.

La responsabilidad ha de corresponder á los ayudantes.—Pero aunque sea conveniente confiar la responsabilidad á los ayudantes, es esencial que se ejerza una vigilancia esmerada. El maestro director debe hacer frecuentes exámenes periódicos para averiguar cuáles

sean los adelantos realizados ; ha de presenciar y oír las lecciones ; debe tener conocimiento completo de los métodos que emplea su ayudante, y del género de influencia que ejerce. Conocí una gran escuela particular en la cual se había adoptado, con este fin, un método artificioso ; consistía en tener un ventanillo de vidrio en la pared de cada clase, y, por este medio, el director podía á todas horas vigilar el establecimiento entero y ver lo que pasaba en cada sala cuando menos se sospechaba. No es esto lo que recomiendo ; porque el espionaje siempre daña al propio respeto de los que están sometidos á él ; tampoco apruebo la manera como algunos directores entran en la clase de un ayudante, con algún pretexto y medio, excusándose cual si fueran intrusos. La vigilancia necesaria debe ser reconocida abiertamente como una de las condiciones en que el trabajo escolar ha de hacerse, y sólo por la cual puede concentrarse convenientemente. Pero ha de concertarse la responsabilidad en el director. Es indispensable que por el jefe haya *unidad* en la escuela ; que los sistemas y métodos se armonicen y se auxilien mutuamente. Y con este fin la presencia del director, de vez en cuando, en las clases inferiores ha de ser parte del orden establecido en la escuela. Por supuesto que no ha de interrumpir ó criticar en presencia de los alumnos. Debe aparecer á sus ojos más bien como colaborador amistoso del ayudante, que como crítico ; pero ha de criticar, sin embargo. Debe notar esmeradamente las equivocaciones, descuidos é ignorancia, y hacerlas luego objeto de advertencias, en privado, á los ayudantes.

Juntas de profesores.—En muchas escuelas grandes es costumbre que cada semana celebren junta los maestros, en la cual ellos y el director se den parte de los resultados obtenidos y se consulten acerca del trabajo

escolar y de los alumnos. Sea grande ó pequeño su número, alguna comprobación de este género es absolutamente necesaria, si la escuela ha de tener unidad en todo. Una vez visité cierta escuela elemental superior en la cual el director y su auxiliar cuidaban de sus deberes en habitaciones separadas y no se habían hablado en quince años. El director me explicó que la falta de adelanto en su propio departamento debía atribuirse á la mala preparación que recibían los alumnos en la clase del profesor auxiliar ; y éste, con igual franqueza, me dijo que era inútil esmerarse cuando los niños habían de someterse luego á un régimen tan desacertado como el del departamento superior. Es de suponerse que estos casos sean raros ; pero no lo son los ejemplos de aislamiento verdadero y de falta de armonía en el trabajo de las clases ; y sostengo que es indispensable que el director de una escuela sepa todo lo que pasa en ella, y tenga por costumbre comprobar y vigilar el trabajo de sus subordinados ; no porque sospeche mal proceder en ellos, sino porque sin eso no es posible una cooperación completa é inteligente para un fin común.

Ayudantes jóvenes.—No se puede establecer regla en cuanto á la edad de los ayudantes ; la cuestión la han de determinar las condiciones propias é individuales de las personas cuyos servicios hayan de utilizarse. Pero he de advertir que tengo una gran idea de los servicios que muchas veces pueden prestar los maestros jóvenes como ayudantes. Lo mucho que he visto en las escuelas elementales en cuanto á los resultados del sistema de emplear alumnos normales, no me ha llevado, como á tantos otros, á desconfiar del sistema ni á desear que sea universalmente reemplazado por una organización escolar en que sólo se emplee á maestros adultos.

Se sabe que según las ordenanzas del "Council Office," un maestro ó maestra ayudante mayor de edad se considera equivalente á dos alumnos normales. Son casi equivalentes á un ayudante, en lo que se refiere á los gastos de la escuela, pero he llegado á convencerme de que en un gran número de casos los dos alumnos normales hacen más trabajo que un ayudante. Y no dudo que en las escuelas podría ser adoptado, casi siempre con gran ventaja, el sistema de emplear alumnos normales jóvenes de diez y siete ó diez y ocho años, que llevados hacia la carrera por inclinación y con aptitud, deseen perfeccionarse antes de entrar en ella. Lo que les falta en cuanto á madurez y experiencia, lo compensan el entusiasmo y otras condiciones favorables. Se los puede dirigir fácilmente, amoldando sus tareas con arreglo al plan adoptado por el director. Sólo es menester tener presentes dos ó tres condiciones. No se les debe confiar al principio el cuidado de los niños de menor edad. Es un error muy común el de suponer que el maestro más nuevo y menos experimentado deba ser puesto al frente de la clase más elemental; pues en ésta es donde más á menudo se necesita la mayor habilidad profesional. El despertar el interés y la inteligencia de los párvulos es, por lo regular, una empresa mucho más ardua que la de dirigir el trabajo de los de mayor edad. La parte más fácil del trabajo en una escuela es el cuidado de las lecciones más mecánicas, tales como la lectura y escritura, ó la corrección de sumas y de ejercicios (hechos en casa) en las clases intermedias, á cuyos alumnos se les hayan inculcado ya buenas costumbres en el trabajo. Y este es, por consiguiente, el campo que se le debe confiar á un maestro joven: las funciones que en las escuelas francesas desempeña el *répétiteur*, y en las españolas el pasante, que

está encargado de los trabajos más fáciles y mecánicos de la enseñanza; no el cargo de ningún departamento de la escuela. Luego, y por grados, puede encargársele de dar una lección, por ejemplo, sobre una regla de aritmética, en presencia de una clase, pasando después á enseñar sucesivamente otras materias convenientemente graduadas en cuanto á dificultad. Es un error el exigir tanto como generalmente se les pide á los maestros jóvenes. Mientras permanezcan en el período de prueba, no deben dedicar más de la mitad del día á la enseñanza, reservando el resto para sus propios estudios. Si exigimos que un joven ayudante enseñe á niños de corta edad durante todas las horas de clase y luego se ponga á estudiar, le pedimos lo que no es razonable, y hacemos mucho por disgustarle y cansarle, dificultando su apego á la profesión. Por otra parte, el alternar enseñando y aprendiendo, obedeciendo y gobernando, es muy agradable para un espíritu activo; y creo que, ensayando el experimento de lo que puede llamarse el "sistema de promediar el tiempo," el director de una escuela logrará generalmente mejor trabajo y más acomodado á sus propias ideas y planes, de los alumnos normales que de los auxiliares adultos de la clase común.

Alumnos normales.—Conviene mucho proporcionarse la cooperación de ayudantes que se hayan preparado bajo la dirección del mismo profesor que haya de emplearlos. Y el sistema de utilizar á los alumnos normales se presta bien á la adopción de este procedimiento. Pero tampoco hemos de perder de vista los inconvenientes y peligros del sistema. Un joven escogido entre los alumnos que más prometen y preparado bajo la inmediata dirección del director que intenta emplearle como ayudante, naturalmente ha de estar familiarizado con sus propios métodos y propósitos.

Pero es esencial que desde el tiempo de ese aprendizaje hasta que principie sus funciones permanentes como ayudante vaya á la universidad ó á alguna otra escuela, en busca de esa importante parte de su educación que no se le puede proporcionar en la escuela elemental. En las escuelas elementales los jóvenes son escogidos temprano para alumnos normales practicantes, salen á los diez y ocho años para ir á pasar dos en un colegio preparatorio y vuelven á una escuela elemental como ayudantes; y hasta entonces no pueden optar á la dirección de una escuela. En teoría esto es inmejorable; y si en los colegios preparatorios tuvieran ocasión de formar un juicio más elevado de su profesión y de la vida, no quedaría mucho que desear. Desgraciadamente, en el colegio normal no se asocian sino con otros que han pasado precisamente por la misma disciplina, que salen de la misma clase social y han sido sometidos á los mismos inconvenientes en su juventud. Por tanto, desde el principio hasta el fin de su carrera se mueven en una misma senda limitada constantemente por las tradiciones de la escuela elemental y lo que han pasado en ella, y no saben lo suficiente del mundo exterior, ni de lo que en otras profesiones se considera amplia instrucción. De ahí provienen la pobreza de miras y los errores manifiestos que en muchos casos caracterizan al maestro elemental. Debemos desear, en verdad, para el buen maestro de una escuela superior, que desde temprano pase por una disciplina análoga á la del alumno practicante, y alguna preparación especial, sea como ayudante ó de otro modo, en los deberes del maestro de escuela. Pero, de todos modos, es importante que una parte de su educación la obtenga en otros lugares, fuera de la escuela donde intente enseñar definitivamente, y entre personas que no piensen seguir la misma carrera que él.

Propósitos del maestro.—Y para el maestro y sus ayudantes, lo necesario es un alto propósito y una fe viva en los infinitos recursos que están ocultos en la naturaleza del niño de tierna edad. Se desperdicia mucha retórica y se oye mucho dicho trivial acerca de este asunto. Los entusiastas suelen hablar del maestro de escuela como si tuviera su persona más importancia para el cuerpo político que la del militar y del hombre de estado, del poeta y del sabio reunidos; el hombre modesto protesta, y fundadamente, contra tal exageración y concluye por menospreciar su cargo. Pero, después de todo, no hemos de olvidar que los que aun con tal mal gusto ensalzan la dignidad del cargo, tienen razón en el fondo. Sólo un ideal elevado de esta profesión nos permitirá contender con sus inevitables desalientos, las repeticiones cansadas, la torpeza de unos discípulos, la mala crianza de otros, las ruines miras de algunos padres, las exigencias de los gobernantes y corporaciones públicas, la crítica sin generosidad, los falsos modelos que se buscan para comparar y apreciar la obra del maestro. ¿Qué ha de sostenerle, en tales circunstancias, en lugares donde está lejos de sus amigos y rodeado de cosas que no se acomodan á sus gustos? Nada, sino la fe que allana los obstáculos, la firme convicción de que, después de todo, su obra, si está ejecutada con honradez y habilidad, es uno de los trabajos más provechosos y preciados del mundo. El más grande de todos los maestros, al describir su propia misión, dijo una vez: “He venido para que recibieran la vida y la tuvieran en mayor abundancia.” ¿Y no podremos decir sin irreverencia, que este es, en cierto modo humilde y remoto, el propósito de todo verdadero maestro en el mundo? Quiere ayudar á su discípulo á *vivir* con vida más completa, más rica, más interesante y más

útil.* Quiere prepararle de tal suerte que ninguno de sus recursos intelectuales ó morales quede perdido. Examina la organización compleja de un niño de tierna edad y trata hacer de modo que todas sus facultades rebosen de vida; no solamente su memoria y su capacidad para obedecer, sino también su inteligencia, su facultad de adquirir, su imaginación, su gusto, su apego al trabajo y su amor á la verdad. Ningún ideal inferior á este ha de satisfacer al más humilde de los que entren en la carrera de maestro.

Después de habernos extendido en consideraciones tan elevadas y de tanto alcance, ¿será descender con rapidez el considerar ahora los detalles de organización de la escuela, los libros y métodos, los mapas y los horarios? Creo que no, pues sólo á la luz de los grandes principios es como las cosas pequeñas se pueden ver debidamente; y un gran propósito sirve muchas veces de estímulo para grandes esfuerzos que sin él serían pequeños y fatigosos.

* Qu'on destine mon élève à l'épic, à l'Eglise, au barreau, que m'importe! avant la vocation des parents, la nature l'appelle à la vie humaine. Vivre est le métier que je lui veux apprendre.—Rousseau.



II

LA ESCUELA, SU OBJETO Y SU ORGANIZACIÓN

Trabajo escolar.—Vamos á considerar ahora la naturaleza y las funciones de la escuela en general. El arte de enseñar, ó la *didáctica*, como lo podemos llamar, ofrece dos puntos de vista: general y especial. Pero antes de tratar de investigar cuáles sean las diversas materias usualmente comprendidas en todo el curso escolar, y los métodos apropiados á cada una, convendrá considerar en conjunto el trabajo de una escuela, y preguntarnos cuál debe ser su objeto y qué es lo que no puede hacer. No hemos de ganar mucho con exponer teorías preliminares acerca de lo que es la educación.

Nada es más fácil que definirla como el despertar de todas las facultades activas y pasivas del alma y una completa preparación para los trabajos de la vida. Según la opinión de muchos que han escrito sobre el particular, no hay un solo elemento de perfección en el carácter humano ni un atributo físico ó intelectual, ó espiritual, que no sea deber del maestro el tener presente y que no forme parte del trabajo de la enseñanza.

Podemos dejar á parte por el momento estas consideraciones. Son ciertamente legítimas; pues toda la experiencia de la vida es una enseñanza práctica y el hombre aprende desde su infancia hasta su muerte, por todo lo que ve y oye, por todos sus goces y pesares,